

al cabo Mario, habiendo mostrado dureza desde el principio, con el poder la aumentó, pero no mudó de carácter; y Sila, que habia empezado á usar suave y políticamente de su fortuna ganando concepto de un general popular y benigno, y que era ademas divertido desde jóven, y blandó á la compasion, pues lloraba con mucha facilidad, se pudo sospechar que recibió aquella tan extraña mudanza de la misma grandeza de su poder, que no le dejó permanecer en sus antiguas costumbres, sino que las convirtió en feroces, soberbias é inhumanas. Mas si esto fue variacion y mudanza causada en su índole por la fortuna, ó mas bien manifestacion que hizo el poder de la perversidad que antes abrigaba en su corazon, seria de otra investigacion el definirlo.

Dado ya Sila desenfrenadamente á la carnicería, en términos de llenar la ciudad de asesinatos que no tenian número ni fin, siendo muchos sacrificados á enemistades particulares que en nada le tocaban, solo por condescendencia y complacencia hácia los que le hacian la corte, uno de los jóvenes, Cayo Metelo, tuvo resolucion para preguntarle en el Senado; cuál seria el término de los males, y hasta dónde hacia ánimo de llegar, para poder esperar que cesarian tantas desgracias? « Porque te pedimos, continuó, no que libres de la pena á aquellos con quienes te has propuesto acabar, sino de la incertidumbre á los que piensas queden salvos. » Respondiendo Sila que aun no sabia á quiénes dejaría; repuso Metelo: Pues declaranos á quiénes has de castigar; á lo que contestó Sila que así lo haria. Algunos son de opinion que no fue Metelo, sino un tal Aufidio de aquellos que por adulacion frecuentaban la casa de Sila el que dijo esto último. Sila pues proscribió al punto ochenta, sin tratarlo con ninguno de los que ejercian magistraturas; y como muchos se horrorizasen de ello, dejando pasar solo un dia, proscribió doscientos y veinte, y al tercer dia un número no menor; y hablando en público sobre esto mismo dijo que habia proscribio á aquellos que le habian venido á la memoria, y que para los olvidados habria otra proscripcion. Impuso ademas al que recibiese y salvase á uno de los proscriitos, como pena de su humanidad, la de muerte, sin ha-

cer excepcion ni de hermano, ni de hijo, ni de padres; y al que los matase señaló el premio de dos talentos por tal asesinato, aunque el esclavo matase á su señor, y al padre el hijo; pero lo que pareció mas injusto que todo lo demas fue haber condenado á la infamia á los hijos y nietos de los proscriitos, y haber publicado sus bienes. Proscribiase no solo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza, ni los templos de los Dioses, ni los hogares de la hospitalidad, ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mujeres, y los hijos en los de sus madres. Y los entregados á la muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscriitos por sus riquezas: así hablándose de los que perecian, como cosa corriente se decia á este le perdió su magnífica casa, á aquel su huerta, al otro las aguas termales. Quinto Aurelio, hombre retirado de negocios, y á quien de aquellos males no cabia mas parte que la que por compasion pudiera tomar en los de algunos que sufrían, yendo á la plaza, leyó la tabla de los proscriitos, y hallando su nombre: ¡ Miserable de mí! exclamó, lo que me persigue es mi campo del monte Albano; y á pocos pasos que habia andado fue muerto por uno que iba en su seguimiento.

En esto Mario, estando ya para caer prisionero, se dió á sí mismo muerte; y Sila, pasando á Preneste, al principio los juzgaba y castigaba de uno en uno; pero despues no estando de tanto vagar, los reunió en un punto á todos, que eran doce mil, y mandó que los pasaran á cuchillo, no perdonando á otro que á su huésped; pero este le respondió con grandeza de alma que por amor á la vida no sobreviviria á la ruina de la patria; y mezclándose voluntariamente con sus conciudadanos pereció con ellos. Lo que pareció cosa nueva y terrible fue el hecho de Lucio Catilina; porque este, habiendo dado muerte á su hermano cuando todavía los negocios públicos estaban indecisos, pidió despues á Sila que lo proscribiese como si estuviese vivo, y lo proscribió. Para mostrarse luego agradecido á este favor dió muerte á un Marco Mario de la faccion contraria, y llevando la cabeza á

presentársela á Sila, que despachaba en la plaza, marchó desde allí al purificadorio de Apolo, que estaba cerca, y se lavó las manos.

Aun fuera de tantas muertes ofendia por todo lo demas con su conducta; porque se nombró dictador á sí mismo, reproduciendo esta magistratura al cabo de ciento y veinte años : se decretó igualmente á sí mismo la inmunidad por todo lo hecho, y para en adelante el derecho de muerte, de confiscacion, de enviar colonias, de talar ciudades, y de dar y quitar reinos á quien quisiera. En las subastas de las casas confiscadas se condujo con tal insolencia y despotismo, aun despachando en el tribunal, que mas todavía que los despojos incomodaban las donaciones que de los bienes hacia : dando á mujeres bien parecidas, á guitarristas, á histriones, y á la mas inmundo de la gente de condicion libertina los campos de los pueblos enteros, las rentas de las ciudades, y aun á algunos el matrimonio violento de mujeres casadas. Así queriendo enlazar con Pompeyo Magno, le hizo dejar la mujer que tenia, y le unió con Emilia, hija de Escauro y de su propia mujer Metela, separándola de Manio Glabrion estando encinta; pero esta jóven murió de parto casada ya con Pompeyo. Aspiraba al consulado Lucrecio Ofela, el que tuvo sitiado á Mario, y se presentó á pedirlo; á lo cual desde luego se opuso Sila; pero como aquel bajase á la plaza asistido y protegido de muchos, enviando un centurion de los que tenia cerca de sí mandó quitarle la vida, sentado en el tribunal, y poniéndose desde arriba á ser espectador de aquel asesinato. Prendieron los ciudadanos al centurion, y le llevaron á presentar ante el tribunal; mas Sila les impuso silencio, diciendo que habia sido de su orden, y mandó que á aquel le dejasen libre.

Su triunfo fue ostentoso por la riqueza y novedad de los regios despojos; pero lo que dió mas magnificencia y realce á aquel espectáculo fueron los desterrados; porque los mas ilustres y autorizados de los ciudadanos precedian con coronas, apellidando á Sila salvador y padre, pues por él habian vuelto á la patria, y habian recobrado sus hijos y sus mujeres. Cuando todo se hubo concluido, haciendo en junta pú-

blica la apología de sus sucesos, no enumeró con menor cuidado los que creia deber á la fortuna que los que eran obra de su valor; y al concluir, mandó que se le diera el sobrenombre de afortunado : porque esto es lo que principalmente quiere significar la voz latina *felix*. Cuando escribia á los Griegos ó despachaba sus negocios, se daba á sí mismo el título de Epafrodito ó venusto; y entre nosotros está su nombre escrito así en los trofeos : *Lucio Cornelio Sila Epafrodito*. Aun mas : habiendo dado á luz Metela dos gemelos varon y hembra, á aquel le puso el nombre de Fausto, y á esta el de Fausta; porque los Romanos llaman fausto á lo dichoso y plausible : y era tanto mayor la confianza que ponía en su feliz suerte, que en sus propias acciones, que con haber hecho morir á tantos, y haber causado en la ciudad tanto trastorno y mudanza, abdicó la dictadura, y dejó al pueblo árbitro y dueño de los comicios consulares, y no se puso al frente, sino que anduvo por la plaza como un particular, exponiendo su persona á los atropellamientos é insultos; sin embargo de que apenas podia dudarse iba á ser elegido contra su opinion Marco Lépedo, hombre resuelto y belicoso; no por aficion á él sino por miramiento del pueblo hácia Pompeyo que lo solicitaba, é intercedia en su favor. Por esta razon, viendo Sila que Pompeyo se retiraba de la plaza muy contento con esta victoria, llamándole aparte, le dijo : « ¡Bella eleccion has hecho, ó jóven! has ido á nombrar á Lépedo antes que á Cato : al hombre mas necio, antes que al mas virtuoso de todos. Mira por tí no te duermas, despues de haber hecho mas poderoso que tú á tu antagonista; » en lo que parece que adivinó Sila; porque bien pronto, insolentándose Lépedo contra él, le hizo la guerra.

Consagró Sila á Hércules el diezmo de toda su hacienda, y daba al pueblo banquetes sumamente costosos, siendo tan excesivas las prevenciones, que todos los dias se arrojaba al rio gran cantidad de manjares, y se bebia vino de cuarenta años, y mas añejo todavía. En medio de uno de estos convites, que se prolongó por varios dias, murió de enfermedad Metela; y como los pontífices no permitiesen á Sila que entrase á verla, ni que la casa se contaminase con el funeral,

le envió por escrito el desistimiento de su matrimonio; y en vida todavía mandó que la trasladaran á otra casa, en lo que guardó escrupulosamente por supersticion lo prevenido en la ley; pero en cuanto á las impensas del entierro no se con- tuvo dentro de los términos de la que él mismo había esta- blecido, no perdonando gasto alguno. Traspasó tambien lo que había prescrito en otra ley acerca de la profusion en los banquetes, procurando templar el llanto con festines y fran- cachelas de mucho regalo y festejo. Hubo de allí á pocos meses espectáculo de gladiadores; y cuando no estaban toda- vía distribuidos los asientos, sino que hombres y mujeres se hallaban mezclados y confundidos en el teatro, casualmente le cupo estar sentada junto á Sila á una mujer al parecer decente y de casa principal. Era efectivamente hija de Me- sala, hermana de Hortensio el orador, de nombre Valeria, y hacia poco que se había separado de su marido. Al pasar por detras de Sila alargó hácia él la mano, y arrancando un hi- lacho de la toga, se dirigió á su puesto. Volviéndose Sila á mirarla con aire de extrañeza: Nada hay de malo, le dijo, ó general, sino que quiero yo tambien tener alguna partecita en tu dicha. Oyólo Sila con gusto, y aun se echó de ver cla- ramente que le había hecho impresion, porque al punto se informó reservadamente de su nombre, y averiguó su linaje y su conducta. Siguiéronse despues ojeadas de uno á otro, frecuente volver de cabeza, recíprocas sonrisas, y por fin pa- labra y conciertos matrimoniales, de parte de ella quizá no vituperables; pero Sila, aunque por lo demas se enlazó con una mujer de conducta é ilustre, el origen de este enlace no fue modesto ni decente, dando lugar á que se dijese que se había dejado enredar como un mozuelo de una mirada, y un cierto gracejo de que suelen originarse las pasiones mas de- sordenadas y vergonzosas.

Con tener á esta en casa, hacia mala vida con cómicas, con guitarristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde antes del anochecer, recostados en lechos; por- que estos eran entonces los que gozaban de todo su favor: Roscio el cómico, Sorix, gefe de los histriones, y el disoluto Metrobis, cuyos amores conservó siempre sin negarlos, aun

despues que este estuvo fuera de edad. De aqui fue el fomen- tar sin advertirlo una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenia daña- das las entrañas: enfermedad que habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de dia y de noche se los quitaban, nada eran los qui- tados para los que de nuevo sobrevenian; sino que las ropas, el baño, lo que se empleaba para limpiarle y hasta la comi- da misma, todo se llenaba de aquella pobredumbre y cor- rupecion: ; tanto era lo que cundia! Así muchas veces al dia se metia en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo; pero de nada servia, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencia á toda diligencia. Dicese que entre los mas antiguos murió de piojos Acasto hijo de Pelias, y mas modernamente Aleman el poeta, Ferecides el teólogo y Calistenes de Olinto, estando en la cárcel, y ademas Mucio el jurisconsulto; y si se ha de hacer mencion de personas en sí ruines, pero que de algun modo se hicieron conocidas, re- fiérese igualmente que el fugitivo que empezó en Sicilia la guerra servil llamado Euno, traído á Roma despues de cau- tivo, murió tambien de piojos.

Sila no solo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vi- gésimo segundo de sus comentarios dos dias antes de morir; y dice haberle predicho los Caldeas que despues de haber te- nido una vida ilustre y señalada, falleceria en el colmo de sus felicidades. Dice asimismo que un hijo suyo, muerto pocos dias antes de Metela, se le apareció entre sueños, presentán- dose con una vestidura pobre, y le rogó se dejara ya de cui- dados; sino que yendo con él adonde estaba su madre Me- tela, viviese con esta en quietud y sin afanes. Mas no por esto se abstuvo de intervenir en los negocios públicos; por- que diez dias antes de su fallecimiento reconcilió á los de Pu- teolos que andaban revueltos é inquietos entre sí, y les dió ley segun la que se gobernasen; y un dia antes, habiendo entendido que el empleado Granio, deudor á los caudales pú- blicos, no pagaba, sino que aguardaba á que él muriese, lo mandó llamar á su cuarto, y allí en su presencia hizo que

los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acaloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque así llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Unióronse y confabuláronse muchos con Lépido para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dícese haber traído á ellos las mujeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se llevaban en doscientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un lictor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el dia desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llevaría, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y en inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á recurrirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

COMPARACION DE LISANDRO Y SILA.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido quantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos vio-

lentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso
Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado procurase arrebatarse el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez general de ejército, por diez años continuos, haciéndose á sí mismo ahora cónsul, ahora procónsul, ahora dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermisión el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como dejamos dicho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura, y mas legítimamente que Sila; pues era por medio de la persuasión, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquel; sino rectificando la misma institucion de los Reyes. Y á la verdad que en el orden natural parecía lo mas justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia, que debia su opinion á la virtud, y no al origen. Porque así como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo: ¿pues no procede tambien de caballo el

mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quien procede. Así estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos Reyes, porque no eran de ánimo regio, sino inútiles y para nada. La maldad aun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los mas de los yerro de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fue en favor del poder y tiranía de aquellos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército; quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo; y á Lucrecio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer mas amaba.

Mas la afición á los deleites y á las riquezas es la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia, ni el mas juvenil descuido en tan grande autoridad y poder; sino que evitó mas que cualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa zorra en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida, y propiamente lacónica fue en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de jóven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad, y mientras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Así es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencía; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas mas ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¡Ni qué

cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes? cuando en público, y á presencia del pueblo vendiendo una grande hacienda, y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mandó que se cerrara la subasta; y porque otro dió mas y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal humor, diciendo: « Es una crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que son míos, á quien me dé la gana. » Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron, los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó este mas daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo, que aquel á Roma con la que le robó; sino que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los de respecto de su ciudad, y fue que Sila, con ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afecto de que él estuvo mas distante. Erraron pues ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar menos. Esto es por lo que hace al órden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas navales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas sin embargo los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras, resistiendo á los enemigos que le oprimian; ni como Ciro y Epaminondas, persiguiendo á los que ya ce-